

## Reseñas

Evelyne Pewzner, *El hombre culpable. La locura y la falta en Occidente*, Universidad de Guadalajara/FCE, México, 1999, 506 pp.

¿Existe una relación íntima entre el cristianismo y la psicopatología; y esta es una relación que singulariza a la cultura occidental? El libro de Evelyne Pewzner se ha planteado estas preguntas y las respuestas que nos ofrece son afirmativas. El hecho psicopatológico es para la autora “un desafío a todo intento de reducción a un modo de conocimiento estrictamente racional” (p. 27). Por ello piensa que ni los esquemas organicistas ni las explicaciones psicogenéticas pueden abordar de manera satisfactoria toda la simbología contenida en el discurso de la locura, pues el trastorno mental depende en gran medida del universo mítico y religioso en el cual está inmerso tanto el afectado como el terapeuta.

Esta riqueza simbólica y la complejidad del hecho psicopatológico mere-

ce la intervención de otras disciplinas que estudian la cultura humana; lo que implica una apertura de la psiquiatría a la sociología, la etnología, la filosofía y la historia de las mentalidades religiosas. Este enfoque pluridisciplinario se convierte así en “condición necesaria para encontrar la *articulación* entre la expresión individual del sufrimiento vivido y los significados fundamentales comunicados por la tradición occidental” (p. 34). El eje central de este enfoque es la exploración de la noción polisémica de la culpabilidad, cuyo origen —la falta esencial— puede trazarse hasta la idea del pecado original introducida por el cristianismo y desconocida en otras religiones.

Sorprendentemente en otras tradiciones culturales, donde según Pewzner la noción del mal no está interiorizada sino situada fuera del sujeto, los trastornos mentales adquieren expresiones muy distintas a las que ocurren en el mundo occidental. Por ejemplo en las sociedades tradicionales del África

ca Negra, el cuadro clínico del estado depresivo se caracteriza por quejas somáticas y por sentimientos de persecución –sin estar presente un sentimiento de culpabilidad. En el Magreb las causas de la depresión se atribuyen al carácter conflictivo de las relaciones interpersonales: “el sujeto se siente víctima y no culpable” (p. 252). Así aunque la angustia puede ser considerada como una emoción universal, desde esta apreciación muy propia del relativismo cultural, la culpabilidad es una “configuración particular de esta angustia *flotante*” (p. 386). La angustia culpable es entonces una de las características específicas de nuestro mundo cultural y por esta razón la autora centra su atención en dos entidades clínicas que ella considera esencialmente occidentales: la melancolía y la neurosis obsesiva, mismas que

representan un material privilegiado a partir del cual es posible encontrar los lazos existentes entre la producción psicopatológica –centrada en la culpabilidad– y la constelación simbólica en la cual se origina el complejo cultural –centrada en la noción de pecado (p. 21).

La elección de estas dos modalidades de sufrimiento psíquico se justifica no sólo por el lugar privilegiado que ocupan en la historia de la psiquiatría y la medicina, sino también por la influencia que desempeñaron en la cultura occidental. En este caso el lugar más destacado lo tiene la melancolía, cuyo origen se puede trazar hacia la teoría humoral de la antigua Grecia. El interés por el humor negro no ha sido exclusivo de los médicos, pues los

artistas, los filósofos y los teólogos han incurrido constantemente en esta problemática. La omnipresencia de la melancolía a lo largo del desarrollo de la cultura europea le permite a Pewzner definirla como un hecho cultural, aunque la autora advierte que

las diversas realidades descritas por el mismo vocablo en el transcurso de los siglos no están [...] estrictamente superpuestas a la descripción clínica que se hace hoy en día de la depresión melancólica en la semiología occidental (p. 219).

La neurosis obsesiva no corrió la misma suerte, pues su descripción como entidad psicopatológica inició al finalizar el siglo XIX, y según la autora fue Freud quien la definió de manera más precisa y completa –identificando dentro de ella la noción de culpabilidad. Pero esta ausencia de conceptualización no significa que la neurosis obsesiva no haya existido como realidad psicopatológica, pues *la enfermedad de los escrúpulos* fue descrita por teólogos y moralistas y sus síntomas se parecen singularmente a los de la neurosis obsesiva tal como la conocemos hoy. El escrupuloso se preocupaba exageradamente por lograr una perfección y experimentaba una necesidad continua de confesar sus culpas más nimias. Este comportamiento alcanzó su máxima expresión en los siglos XVI y XVII, tal como lo muestran las investigaciones de Jean Delumeau.

Lo cierto es que Pewzner no estudia la historicidad de la melancolía y la neurosis obsesiva, sino sus manifestaciones actuales, y para descifrar el sentido contemporáneo de estos discursos

morbosos, la autora expone diez casos de neurosis obsesiva y otros diez de depresión melancólica. A estos pacientes les ha proporcionado un seguimiento terapéutico durante varios meses e incluso años. En los enfermos melancólicos hay delirios de culpabilidad inducidos por la interiorización del mal. Sus obsesiones ante las dimensiones del pecado generan tendencias suicidas, necesidades de expiación y una implacable búsqueda de perfección. En los neuróticos obsesivos la necesidad de la expiación es frente a una falta desconocida, y el aniquilamiento de su espontaneidad se traduce en una repetición *sempiterna*.

Existen, según esta psiquiatra, puntos de coincidencia y contraste entre estas dos expresiones psicopatológicas. Ambas implican la problemática del pecado y de éste se deriva un intenso sentimiento de culpabilidad; pero el melancólico “se entrega con un deleite mórbido” a la culpabilidad, mientras que el obsesivo “intenta defenderse” del cuerpo impuro que amenaza contaminar su espíritu (p. 170). Las afinidades se explican porque estas entidades clínicas comparten a la personalidad obsesiva; personalidad que la cultura occidental ha valorado y favorecido, y que consiste en combinar la obsesión de la falta y de la impureza, con el estatus desvalorizado del cuerpo. Pewzner entiende a la personalidad como una entidad “a la vez psicológica, histórica y sociocultural” (p. 261) y emprende la tarea de delimitar los tipos de personalidad que son propios de la cultura occidental y que nacen en la encrucijada de las influencias grecorromana, judía y cristiana. Este modelo –sin duda inspira-

do en la escuela culturalista estadounidense– implica varios elementos: individuación, libertad, voluntad, razón y por supuesto interiorización del mal. A estos aspectos hay que añadir otros que caracterizan al contexto sociocultural occidental y que influyen en gran medida en la noción de la persona –la nuclearización cada vez más avanzada de la familia (en contraposición de la familia extensa de las sociedades tradicionales) y el carácter impersonal y centralizado de las instancias administrativas y políticas. Todos estos factores influyen en las expresiones psicopatológicas, pues según Pewzner existe una relación entre el modelo clínico y el modelo cultural de personalidad. Ella afirma que “a las diversas expresiones morbosas corresponde, para cada conjunto sociocultural, un modelo original de personalidad” (p. 261). De hecho la enfermedad mental muchas veces cumple la función de catalizador y agudiza problemáticas culturales. Por ello Pewzner interpreta la melancolía y la neurosis obsesiva como versiones caricaturescas y exageradas de la problemática del pecado (melancolía) y del pensamiento dualista (neurosis obsesiva).

Estas condiciones exigen del terapeuta un esfuerzo hermenéutico que descifre el universo simbólico y el paisaje cultural en el que está inmerso el paciente. El discurso de la locura, aunque es “radicalmente singular”, también es portador de significados “compartidos por el grupo sociocultural de referencia” (p. 29). Esta doble dimensión determina un doble movimiento que va de los síntomas a los símbolos y de los símbolos a los síntomas, y el elemento unificador es la noción fun-

damental de la culpabilidad; noción que además responde a una continuidad entre lo patológico, lo normal y lo simbólico. Así —deshilvanando los nudos donde se encuentran estos complicados procesos, Evelynne Pewzner intenta restituir el sentido del símbolo y el mito expulsados de las ciencias del hombre. Ella incluso afirma que el psicoanálisis está sumergido en la constelación mítica del cristianismo, y para avalar su afirmación analiza el surgimiento del psicoanálisis —cuyo contexto es el de un judaísmo asimilado— y la identidad cultural del mismo Freud —dividido entre dos culturas (judía y alemana)— y quien se apropia de la noción cristiana del pecado (y más específicamente del pecado sexual) y de algunos elementos míticos grecorromanos.

Esto le hace a la autora asumir una posición crítica aunque cautelosa ante las interpretaciones psicoanalíticas. El postulado implícito de Freud es la unidad y la identidad del espíritu humano en todos los tiempos y todas latitudes, y Pewzner aclara que precisamente el sentimiento de culpabilidad constituye la articulación entre la teoría psicoanalítica y el sustrato cultural en el que tal teoría está inmersa. La culpabilidad es un axioma del psicoanálisis y es considerada como la esencia de la naturaleza humana, como “un resorte íntimo y decisivo del funcionamiento psicológico” (p. 380) —y que se sitúa como origen de todas las neurosis. La autora concluye que

a pesar de sus pretensiones hegemónicas, no hay lugar para colocar al psicoanálisis por arriba o por afuera de otras disciplinas; la hipótesis de una culpabilidad in-

trínseca, universal y transmitida genéticamente se presenta, por el contrario, como una razón suplementaria para interrogar una tradición —la nuestra— en la cual se despliega la problemática del pecado original y se afirma el carácter ontológico de la culpabilidad (p. 457).

El psicoanálisis debe renunciar a su supuesto valor universal y sus interpretaciones no deben ser consideradas válidas fuera del contexto occidental.

Pewzner así aplica la duda categórica del relativismo cultural, pero el precio que paga al intentar abordar una temática tan amplia, es un tratamiento demasiado general de los procesos de individuación, culpabilización e interiorización del mal. Estos procesos ocurrieron a través de los siglos y se expresaron de manera diferenciada en los distintos países europeos. Por ejemplo, el sentimiento de culpabilidad que podían experimentar algunos miembros de las elites religiosas, no necesariamente permeaba a “toda” la sociedad occidental. La pregunta fundamental aquí es si esta interiorización del mal no está circunscrita a la historia de Occidente, como cualquier otro proceso... Tal como lo presenta la autora, parecería que la culpabilidad es inherente a la cultura occidental. Esta *peccata minuta* podemos soslayarla pues la autora no es historiadora sino psiquiatra. Ella intentó abordar una problemática muy amplia y en su osadía reside tanto su mérito como sus limitaciones. Disculpémosla —a ella que estudia a la culpapor su tratamiento a veces muy somero de procesos que son extremadamente complejos. Reconozcamos no obstante que su libro es una sugerente invita-

ción a recorrer los laberintos psicóticos que caracterizan a la cultura occidental. ¿Acaso este recorrido no es un atractivo desafío que también exige unir los esfuerzos de psiquiatras e historiadores? Los esfuerzos de los historiadores atentos a la especificidad de las relaciones muy sutiles que existen entre los procesos culturales y los individuales, sean normales o mórbidos.

Doris Bieñko de Peralta  
POSGRADO DE LA FFYL-UNAM

José Luis Peset, *Genio y desorden*, Cuatro ediciones, Valladolid, 1999.

La melancolía se cura con la  
comunicación  
*Don Gil de las calzas verdes.*

El ensayo de José Luis Peset sobre el genio y el desorden, que hace un recorrido entre algunas de las escenas habituales del pensamiento de la Europa del siglo XVI, comienza con el siguiente comentario acerca de una posibilidad distinta de expresión en la locura:

Al ser vencida la dinastía Ming, entre los artistas chinos surgen algunos pintores considerados enfermos mentales, que destacan por su valentía en la ejecución de los diseños. Su enfermedad les permitía huir de las represalias de los nuevos emperadores y, no menos, cambiar con trazo borroso los rígidos cánones de la vieja tradición pictórica.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Las citas están tomadas textualmente del libro.

El autor trabaja en la línea del monólogo, de la reflexión interiorizante y recurre a una antinomia a lo largo de su ensayo: la distinción entre una Europa protestante del norte, hábil para la ciencia y la técnica, relojes, máquinas y artefactos así como el latín, las matemáticas y la música que tanto agradara a Fausto. Por otra parte aparece la Europa del sur, buena para la religión y la verdadera teología. La dialéctica y teología de la España católica como armas de Dios y el imperio.

Tres imágenes de Caravaggio enmarcan el libro; primero *Narciso* marca la pauta de "En el infierno de las artes", introducción a manera de prólogo que arranca con la cita arriba mencionada para serpentear entre Miguel Ángel con su apolínea disposición hacia el trabajo y el sacrificio, y Hans Castorp y su vocación para la enfermedad, como el personaje emblemático de la tradición de Thomas Mann, y una de las mayores figuras literarias del siglo XX.

Peset cita un trabajo de R. W. Weisberg sobre la creatividad:

Los escritos y su análisis psicológico y crítico es el camino elegido, indagado sobre las formas de creatividad. Se puede dudar de la diferencia o de la infabilidad del genio, buscando en él un pensamiento divergente o una amplia formación de la inteligencia, que responde a la cambiante realidad.

Cierra la introducción una cita de Borges que contiene la antinomia definitiva de todo el ensayo: "...los héroes de Carlyle eran 'intratables semidioses' que dirigían a la humanidad, mientras